

En los últimos años, la economía está de moda. Por desgracia, su popularidad obedece a la existencia de una crisis durísima, que ha preocupado y preocupa todavía a la población. En la búsqueda de soluciones contra la misma, aparecen los conceptos de crecimiento y desarrollo económico como su principal antídoto. Esto es, se piensa que aumentando la producción de bienes y servicios, no sólo en términos absolutos (crecimiento), sino incrementando la riqueza creada por habitante (desarrollo), se conseguirán unas mejores condiciones de vida y un mayor grado de bienestar material.

Pero, realmente, ¿podemos afirmar que más renta y más bienes implican un mayor grado de bienestar? En definitiva, ¿cabe identificar desarrollo económico y progreso? Una sociedad desarrollada económicamente, ¿es una sociedad en progreso? Y es que, aunque con frecuencia se identifican los conceptos *desarrollo económico* y *progreso*, no necesariamente existe tal conexión, pues no son síntomas de progreso, aunque sean manifestaciones de crecimiento económico, la producción de armas nucleares, químicas o biológicas; los sistemas productivos que envenenan el medio ambiente; o la desigual distribución de la renta y la riqueza (Cameron, 2005). Es claro, por tanto, que el desarrollo económico no va necesariamente unido al progreso. Entonces, ¿en qué consiste el progreso? El bienestar económico es uno de sus aspectos, pero el progreso también depende de otros factores como la política, la cultura, las ideologías, la moral, etc. Por ello, no es fácil definirlo, pero todos coincidiríamos en identificarlo con el logro de la paz, el bienestar y la armonía de las personas en la sociedad. Es decir, una sociedad progresa si favorece la felicidad de todos sus habitantes. La felicidad ha sido una búsqueda tan desafiante como



PABLO ARRIETA VILLARREAL

PROFESOR TITULAR DE ECONOMÍA APLICADA DE LA UNIVERSIDAD DE LA RIOJA. ABOGADO. ASESOR FISCAL

ECONOMÍA Y FELICIDAD

Ser progresista es creer en la necesidad de un Estado que corrija los fallos del mercado, que actúe como contrapeso a los excesos y desigualdades que genera, pero defendiendo a ultranza la estabilidad presupuestaria y la gestión prudente de las finanzas públicas»

ILUSTRACIÓN DE MANOLO ROMERO



frustrante para la humanidad y, por ello, no debe extrañarnos que la Economía pueda y deba ocuparse de algo tan subjetivo como la felicidad.

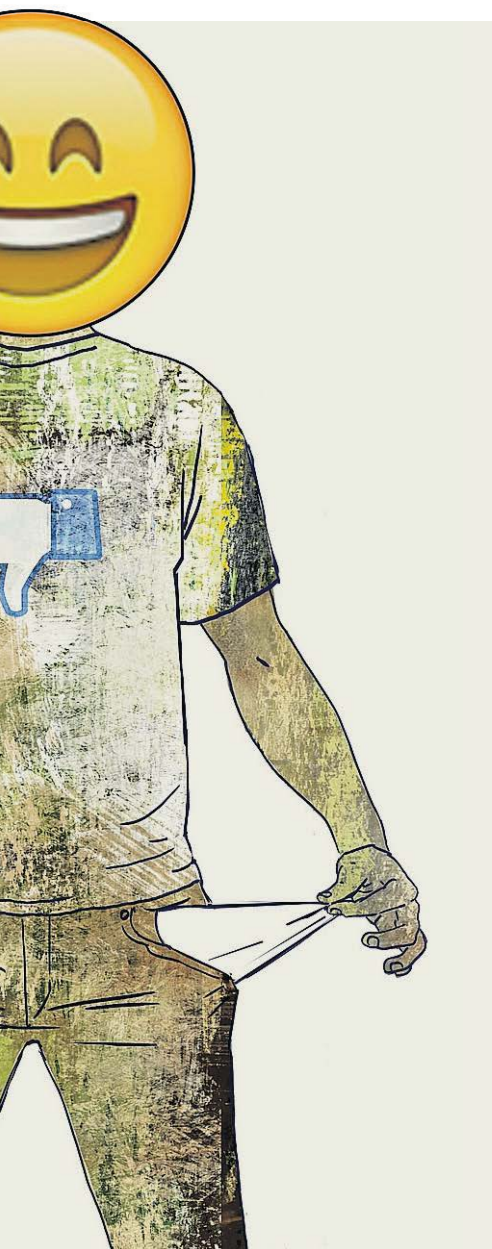
Pero, ¿se puede medir e incrementar la felicidad de un país? Aunque la felicidad es un concepto muy etéreo, hay estudios que han intentado cuantificarla. Y los mismos revelan que, no obstante su importancia, el desarrollo económico no lo es todo, aunque influye positivamente en la felicidad. La ventaja del crecimiento económico no consiste en que la riqueza aumente la felicidad, sino en que aumenta las posibilidades de la elección humana (Lewis, 1955). Es decir, la riqueza aumenta

las opciones, la libertad de elegir y de acertar con la elección más adecuada.

El *Producto Interior Bruto* (PIB) y la renta per cápita son indicadores que miden el crecimiento y el desarrollo económico de un país, pero son insuficientes para medir el progreso de una sociedad. Un *índice de progreso* debería incluir, además, otros factores como el grado de libertad política, el nivel educativo, la calidad sanitaria, etc. Ese conjunto de factores, adecuadamente ponderados, daría una idea aproximada del progreso de los países. Pero no hay un índice sistemático del nivel de progreso. El indicador que más se le aproxima es el *Índice de Desarrollo Humano*

(IDH), elaborado por el *Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo* desde 1990, para medir el progreso de un país. A diferencia de indicadores como el PIB o la renta per cápita, el IDH analiza la salud, la educación y los ingresos. Así, incluye tres parámetros: *esperanza de vida al nacer* (medida utilizando un valor mínimo de 20 años y un valor máximo de 83,57); *educación* (medida a través de los años de escolarización para adultos y los años de escolarización previstos para niños y niñas en edad escolar), y *nivel de vida digno* (PIB per cápita en Paridad de Poder Adquisitivo).

En el último de los Informes sobre Desarrollo Huma-



no, publicado por Naciones Unidas en 2015, España figura en el puesto 26 de entre 188 países. En cabeza aparecen Noruega, Australia, Suiza, Dinamarca y Países Bajos.

En la misma dirección, cabe citar el *Informe sobre la Felicidad Mundial 2015*, elaborado por la Universidad de Columbia (Nueva York).

Para determinar el grado de felicidad de un país, el Informe divide el concepto en siete factores: el *PIB per cápita*, en términos de Paridad de Poder Adquisitivo, según datos del Banco Mundial; el *apoyo social*, que es la posibilidad de recibir ayuda de familiares o amigos en caso de 'problemas', según una encuesta Gallup; la *esperan-*

za de vida al nacer, según la Organización Mundial de la Salud; la *libertad de tomar decisiones en la vida*, según la encuesta; la *generosidad*, medida a través del dinero que se dona a las ONG, según datos oficiales; la *percepción de la corrupción*, tanto del gobierno como de las empresas; el *afecto positivo*, que viene a equivaler a 'cuánto se ríe la gente', según la encuesta; y el *afecto negativo*, que mide justo lo contrario: la tristeza y el enfado.

La tabla del rankin de la felicidad la encabezaron en 2015, Suiza, Islandia, Dinamarca, Noruega y Canadá. Repárese que tres de estos países (Suiza, Dinamarca y Noruega) encabezan también el IDH de Naciones Unidas. España ocupa el puesto 36, por debajo de Tailandia y Arabia Saudí, y por encima de Malta y Taiwán, de entre 158 países.

Los datos para España revelan que hay espacio para la mejora, sobre todo si analizamos los resultados de cada uno de los siete factores enunciados.

En algunos de ellos, como la esperanza de vida, España ocupa una de las primeras posiciones, situándose en una media de 83 años (85,71 para las mujeres y 80,17 de los hombres). En cuanto al PIB, en 2015 España era la economía número 13 en el rankin de los 196 países que publican este índice. También en España hay un fuerte sentido de comunidad o apoyo social y moderados niveles de compromiso cívico: el 95% de las personas creen conocer a alguien en quien pueden confiar cuando lo necesitan, cifra mayor que el promedio de la OCDE de 88%, y una de las más altas de la organización.

Asimismo, es altamente favorable la percepción que los españoles tienen acerca de nuestra sanidad. Más de siete de cada diez adultos valoran positivamente el funcionamiento del sistema sanitario público, del que puede afirmarse es uno de los mejores del mundo por su

accesibilidad, equidad y calidad. La Organización Mundial de la Salud (OMS) sitúa a la sanidad española en séptima posición en el rankin mundial de sistemas sanitarios. Asimismo, el liderazgo en calidad sanitaria y en servicios de turismo convierte a España en un destino ideal para realizar turismo de salud, un sector en auge en nuestro país.

En consecuencia, si el nivel de bienestar material es razonable, por qué en España el Índice de Felicidad no es superior? Posiblemente, una de las causas resida en el secular pesimismo existencial español, que renace con ocasión de cada crisis económica. Este pesimismo nos hace vivir en el permanente desencanto. Resulta sorprendente que desde fuera se tenga una mejor opinión y valoración de lo nuestro. Máxime cuando, en el plano puramente económico, existen sectores como son el de infraestructuras, energético, telecomunicaciones, financiero o turístico, en el que las empresas españolas ejercen un liderazgo en el exterior. Por no recordar la alta calidad de vida en España, debido a nuestro clima y carácter. Necesitamos altas dosis de autoestima.

Pero en el Índice de la Felicidad señalado destaca también la gran percepción de corrupción en el gobierno y las corporaciones, como principal elemento que impide una mejor posición española, en niveles similares a países como Italia, Rusia o China, entre otros.

Todo cuanto venimos exponiendo no hace sino corroborar la percepción social de los españoles en 2015: comprensión hacia las políticas de austeridad del gasto público, disciplina presupuestaria y control del déficit impulsadas en los últimos años; creencia de que tales políticas, aun siendo necesarias, no deberían haber resultado incompatibles con otras que hubieran favorecido el incremento de la renta disponible, ya que la economía crece cuando au-

menta el consumo de las familias. Y, por último, el absoluto rechazo de la corrupción que nos ha golpeado y que, si cabe, es aún más deleznable y resulta totalmente incomprensible para los ciudadanos, habida cuenta del gran esfuerzo y sacrificio que les ha sido exigido para la superación de la crisis.

Pero tampoco debemos dejarnos seducir por las posiciones populistas que han proliferado en los últimos tiempos y que, dicho sea de paso, han resultado históricamente alentadas en situaciones como las que vivimos. En pleno debate sobre la suficiencia o no de nuestro Estado de bienestar, y de su ensanchamiento o redefinición, puede afirmarse con rotundidad que no hay mejor manera de terminar con aquel que emprender una carrera de desbocado gasto público e incurrir en un déficit público sin solución. El déficit sólo puede ser cubierto o con impuestos o mediante la emisión de deuda. Y ambas medidas deben ser ponderadas suficientemente. Pero en la España de 2015, la bandera del progresismo sólo es reconocible a aquellos que defienden, ante todo, una mayor generosidad en el gasto público, sin importar la forma de obtener los fondos a tal fin, aun cuando lo sea a costa de un incremento alocado del gasto público. Pues bien, hay que afirmar con rotundidad que ser progresista no es defender el gasto público sin límites. Ser progresista es creer en la necesidad de un Estado que corrija los fallos del mercado, que actúe como contrapeso a los excesos y desigualdades que genera, pero defendiendo a ultranza la estabilidad presupuestaria y la gestión prudente (como un buen padre de familia, que dirían los maestros latinos) de las finanzas públicas. Esas son las lecciones que debemos exigir que recite el nuevo gobierno que rijan los destinos de España a partir de 2016, si lo que en realidad le preocupa es la consecución de nuestra felicidad.